

En La Prensa Gráfica de San Salvador, se ha publicado este comentario sobre el libro "El 48" del costarricense Miguel Acuña.

LA REVOLUCION COSTARRICENSE DEL 48

Por doctor Manuel Luis Escamilla

Apasionante, "El 48", libro de Miguel Acuña. Se lee de un tirón. Es de esos libros que no le dan reposo al lector.

La edición, según noticias recogidas en la misma Costa Rica, se agotó en menos de 4 meses. Despertó toda clase de comentarios. Las páginas editoriales de los periódicos del segundo semestre del año anterior se ocuparon de ese libro, ampliamente. Se trata pues, de un verdadero "best seller" de la historia contemporánea de Costa Rica, en particular, de la guerra que ensangrentó al hermano país en los meses de marzo y abril de 1948.

En realidad, el libro es un documental sobre la revolución costarricense. Su autor vivió esa guerra, la observó e inclusive, probablemente la idealizó, desde los misteriosos rincones de su adolescencia. En efecto, conversando con Acuña, a quien conocí en la noche del 17 de marzo anterior, a raíz de una conferencia que tuve el honor de dictar en la Cátedra Pública que tiene el Colegio de Doctores, Licenciados y Profesores de Filosofía, Letras Ciencias y Artes en el bello Teatro Nacional, deduzco que por ese entonces debe haber estado al comienzo de su pubertad. Acuña, quien es hoy uno de los sólidos valores del referido colegio, debe haber sido un muchacho de 15 años cuando ocurrieron los lamentables sucesos de la guerra civil. Eso podría explicar el tono de leve amargura y tristeza, que en

Libros:

"El 48", visto por un salvadoreño

forma de transparente iacronia se mantiene en todo el libro.

El autor narra los hechos de la revolución en forma viva, sangrante, magistral. No obstante y pese al atrevido y hasta agresivo estilo con que polemiza, no puede salvarse, lo repetimos, del tono doloroso con que lo hace: Acuña es un intelectual de pura cepa, amamantado por una verdadera tradición civilista, y, adolescente aún, cuando ocurrieron los hechos, los había cargado con las magnificencias del ideal. En todo muchacho hay, ciertamente, una buena dosis de sentido heroico o de vocación mesiánica, que en el caso del autor comentado y en forma de clima interior, podría explicar el efecto diacrónico del dolor, presente a lo largo de toda la obra. Muchos costarricenses, por lo demás, se encuentran en situación semejante. Guillermo Malavassi para el caso, ex ministro de Educación y uno de los Decanos actuales de la Universidad Nacional, se resiste a aceptar el hecho de una Costa Rica guerrera. Así se lo hizo ver al mismo Acuña la noche del 18 de marzo anterior, cuando coincidimos en una recepción ofrecida por el canciller Facio. Pero los hechos son los hechos, como le contestó Acuña, y por encima de la pena personal, "debemos aceptar

que Costa Rica quería la guerra".

Para los no costarricenses, los hechos narrados por Acuña resultan inexplicables, justamente por el país en que se dieron, la crueldad que alcanzaron y la calidad de las gentes que los dramatizaron. Es increíble que el pueblo de Costa Rica haya disparado contra sus propias gentes y más aún, que para hacerlo, hayan admitido la jefatura y dirección de un grupo de extranjeros.

El libro comienza con una interpretación de las raíces de la tragedia. Las figuras de don León Cortés y el Dr. Rafael Angel Calderon Guardia son examinadas críticamente. Con juicios ponderados, desprendidos de una severa meditación sobre el testimonio de quienes conocieron de cerca a dichos grandes políticos y se adueñaron de sus ideas e intenciones y a base de una documentación bien escogida, Acuña devela la imagen real de esos hombres y les hace entrar en una exégesis histórica correcta: En ellos está el antecedente de la revolución. El autor entra, después, a describir los puntos iniciales de la tormenta, las clases de gentes que se ven comprometidas, las gestiones extranacionales como la compra de armas a Guatemala, las escaramuzas iniciales, los grupos

guerreros y en fin las batallas q' se dan a lo largo de toda la guerra. Al final de la lectura el sabor amargo de q' eso haya ocurrido precisamente en el país q' tiene la más larga tradición de paz y civilidad, se hace acre, al comprobar que corolario de Tucídides sobre la guerra estaba presente allá: la revolución no fue el punto de partida para redimir Costa Rica y desde ahí irradiarla a Nicaragua, Haití, Santo Domingo, como se susurró al oído de toda la América, sino el simple juego de la ambición de poder. En esta guerra como en todas las guerras, Tucídides ha tenido la razón: se explican por la ambición de poder.